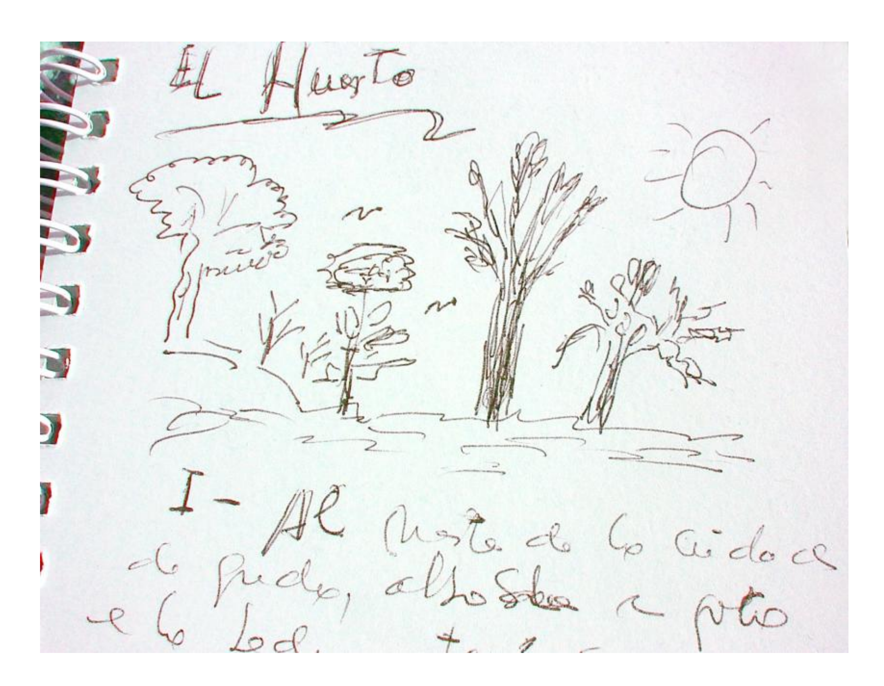
El huerto de los girasoles

José Gómez Muñoz



I- Al norte de la ciudad de Granada, alzada un poco en la ladera, tenía su casa. Casi un pequeño palacio, porque estaba construida de piedra, rodeada de un denso jardín y con mucha agua y porque justo en el centro del jardín brotaba un caudaloso manantial de aguas muy puras y frescas. Era el agua que él usaba para regar las plantas del jardín y también las hortalizas del huerto. Aunque ya hacía muchos años que nada sembraba en las tierras del huerto. Iba envejeciendo y cada día tenía menos ganas de muchas cosas.

Tan pocas ganas tenía casi de nada que también hacía ya tiempo que apenas salía de su casa. Permanecía en ella encerrado, en su habitación pequeña,

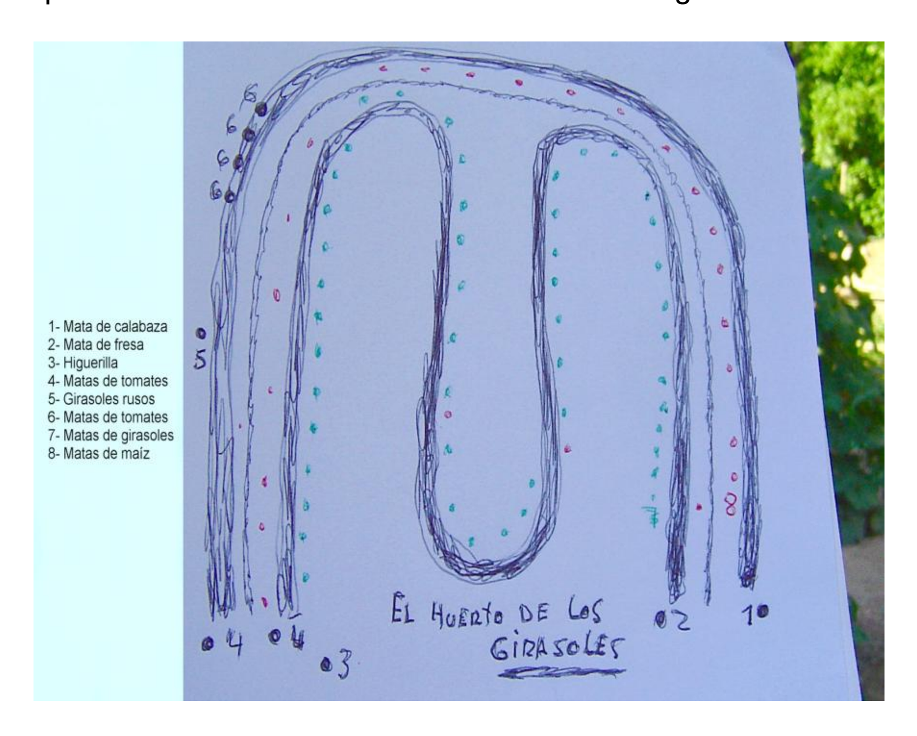
frente al acebo y frente al ciprés centenario, se pasaba los días esperando. Porque también hacía ya mucho tiempo que se había quedado sin amigos. Todos se habían ido muriendo y los que no, simplemente lo ignoraban por ser él ya casi un Anciano. Y para alimentar su espíritu y darse ánimo, una vez y otra se decía: “Es posible vivir y ser feliz sin amigos”. Sin embargo, un día y otro y por las tardes y mañanas siempre pensaba en ellos y los esperaba. A pesar de sus años nunca había perdido la esperanza de, en algún momento, encontrar un buen amigo. Un amigo de corazón noble, limpio y bueno, desinteresado y que no le importara perder con él su tiempo y compartir sueños.

Porque también, a pesar de su edad, a todas horas mantenía vivo en su corazón un sueño. El que soñó cuando todavía era niño y por el que luchó a lo largo de toda su juventud y mantenía vivo aunque corrieran los años. Tenía claro que sin un sueño en la vida nada tiene sentido en este mundo. Por eso, cada mañana se levantaba y después de meditar un rato, miraba por la ventana, se recreaba en el canto de los mirlos, observaba un momento el cielo y luego se entretenía en repasar su sueño. Pensaba en ella, en el amigo que de niño había soñado y en el feliz momento en que por fin su sueño se hiciera real.

II- Y aquella mañana quince de abril salió de su casa, recorrió las calles de la ciudad, cruzó el puente romano en el río Genil y en la tienda de las plantas compró semillas de maíz y pipas de girasoles. Subió luego las empinadas calles, llegó a su casa, buscó la azada vieja que desde hacía años colgaba en las ramas del viejo membrillo y en el mismo centro de las tierras del huerto comenzó a tallar pequeños surcos. Primero el más amplio y grande, dándole forma de arco muy abierto, con una gran curva de herradura en la parte de arriba. Dentro de la gran curva, comenzó a esculpir surcos más

pequeños. Dibujando con ellos como una muy amplia eme, o mejor, dos emes unidas en el centro por la curva de una “U”.

Y cuando terminó de darle forma a los surcos donde plantaría las semillas, se paró, miró despacio y para sí se dijo: “En la curva grande de la eme, sembraré los granos de maíz, en el lado de debajo de la curva primera voy a plantar cuatro matas de tomates, y en los surcos del interior, es donde sembraré las pipas de girasoles. Para que así las matas de maíz sirvan como de protección al sembrado de los girasoles. Y también para que este huerto mío sea bonito hasta en su figura”.



Se puso luego y sembró en este pequeño trozo de tierra, casi el mismo corazón del huerto, los granos de maíz y las pipas de los girasoles y luego las regó. Cuando dio por concluida la faena se puso en pie, miró despacio y

bastante complacido se dijo: “Creo que me gustará ver crecer las semillas que aquí he sembrado. Las regaré cada día y aunque no me den frutos suculentos, me gustará emplear mi tiempo en el cuidado de estas plantas. Como un entretenimiento y para que los días sean más llevaderos. Y cuando los girasoles echen flores seguro que me gustará mucho contemplarlas y hacerle fotos. Las flores de girasoles también son dignas de adornar los salones del cielo. Y, mientras tanto que ocupo mi tiempo en esto, me mantengo ilusionado y, a mi manera, la mantengo viva en mi corazón aunque solo sea en forma de recuerdo”.

Y al día siguiente el jardinero de verdad, el que a su manera cuidaba el jardín y parte de las tierras del huerto y sobre el que él no tenía ninguna autoridad y al que sin saber por qué temía, le dijo:
- Pero cuatro girasoles y tres matas de maíz ¿qué sentido tiene en un trozo de tierra tan grande?
- Quizá para ti ninguno pero puede que a mí sí me sirva de algo. La vida misma, las cosas que sueña el alma, los recuerdos, la belleza, la eternidad… Presiento que este chiquito huerto mío va a darme un poco de todo esto.
- ¿Y qué más?
- Quizá un poco de poesía, algunas páginas para un libro y una sombra para tomar el fresco en la tarde y un sencillo camino para acercarme un poco más a las estrellas, al infinito, al cielo…
- ¿Y también piensas en ofrecer a tus amigos esto como regalo a fin de que ellos vengan a ti y se quedan a tu lado?
- No había pensado esto pero ahora que lo dices puede ser algo interesante.
- No lo entiendo. Con tantas cosas como se pueden hacer en la vida me parece una tontería perder el tiempo en cuidar tres girasoles y cuatro matas de maíz.
Y él le dijo al jardinero:

- Tampoco me preocupa mucho que no entiendas esto. Quiero hacerlo y quiero perder mi tiempo regando estas matas de maíz y girasoles mientras pienso en mis amigos.
Y aquel día nada más comentaron.

Desde el primer momento en que sembró las semillas en su huerto cada mañana a primera hora las empezó a visitar. En cuanto salía el sol se levantaba, cruzaba el jardín y se iba a su trozo de tierra. Para regar las semillas y con la ilusión de verlas pronto brotadas. Por eso miraba con interés el hoyete donde en la tierra había puesto el maíz y donde había clavado cada pipa de girasol. Con la ilusión en todo momento renovada de ver el primer tallo emergiendo de la tierra. Y al verlo el jardinero le decía:
- Eres un agonía. A los cuatro días de haber echado las semillas en la tierra ya quieres verlas con dos metros. No sé por qué tanta prisa ni tampoco sé qué interés tienes en ello.

Y, una mañana ya casi final del mes de abril y por eso unos catorce o quince días después de haber sembrado las semillas, descubrió que de la tierra salía un pequeño brote de maíz. Enseguida se agachó, lo observó de cerca, le echó un poco de agua y le removió la tierra a su alrededor. Miró luego para la derecha y descubrió que varios brotes más empezaban a salir del suelo. Y se preguntó para sí: "Y los girasoles ¿Cuándo brotarán? Me muero en deseos de verlos". Y los vio al día siguiente, también a primeras horas de la mañana. Regaba él con ilusión las tierras del pequeño huerto y observaba los relucientes tallos que ya el maíz había echado cuando descubrió a dos matitas de girasoles. Solo dos hojas algo alargadas, muy verdes y gruesas y muy pegadas al suelo. Enseguida para sí se dijo: "¡Ya brotan! Por fin puedo estar tranquilo porque parecen que no se han perdido. Las semillas son buenas y fuertes y la tierra comienza a dar

vida a las plantas que en ella he puesto”. Y sin saber por qué pensó en ella y deseó que estuviera. Le parecía tan interesante su pequeño trozo de terreno y los primeros brotes de maíz y girasoles que le ilusionaba mucho compartirlo con ella. Pensando que le gustaría y hasta le ilusionaría del mismo modo y con igual fuerza que le gustaba a él.

Por eso ese mismo día por la mañana otra vez regó con ilusión las tierras de su huerto. Cavó un poquito la tierra alrededor de uno de los tallos que germinaba y quitó algunas matas de juncia y verdolagas. Se decía: “Para que tengan alimento suficiente y para que ninguna mala hierba le estorbe”. Y luego se quedó por allí. Simplemente mirando el rodal humedecido en el centro del las tierras del huerto grande. Porque sentía él que solo mirar despacio y observar los primeros tallos de sus plantas le hacía feliz. Tanto que le parecía como si, de alguna manera, se alimentara.

El día uno de mayo y también a primera hora y con el sol calentando, después de regar y contemplar las maravillas de sus pequeños tallos verdes, se dijo: “Tengo que comprar un cuaderno para escribir en él, desde el principio hasta el final, toda esta ventura. Quiero que ella lo sepa y quiero que lo sepa de la forma más bonita”. Busco luego una silla de hierro y la puso a la sombra de los almendros. Los tres que crecen donde terminan las tierras llanas del huerto y empieza la torrentera de los pinos. Y se sentó en la silla para hacer una prueba. Miró de frente al trozo de tierra donde ya brotaban los girasoles y el maíz y otra vez se dijo: “Es un buen sitio porque lo tengo todo muy cerca y veo con la mejor claridad. ¡Qué ganas tengo de ver a estos girasoles crecidos y con sus flores abiertas!”

Una de las ardillas que vive en el pinar comenzó a saltar por entre las ramas de los pinos y los cipreses. Se vino al almendro y, sin temor alguno, se puso a buscar almendras, todavía muy tiernas y por eso con la semilla aun casi gelatina. No le preocupó a él esto mucho porque ya sabía, de otros años, que siempre estas ardillas se comen las almendras mucho antes de que maduren. Y aunque el jardinero le había dicho:

- Tampoco este año recogeremos almendras.

Y él no se preocupó. Por eso le respondió:

- Por cuatro almendras y media que dan estos árboles no nos vamos a morir de hambre ni seremos más pobres. A mí, nada me preocupa que las ardillas se coman estas almendras. Al contrario, me gusta porque esto de tener animales a todas horas por aquí junto a nosotros es un privilegio. Ya sabes la cantidad de personas que cuidan animales en la estrechez de sus pisos. Donde ni tienen espacio ni para moverse. Y sin embargo nosotros fíjate qué suerte: sin necesidad de cuidarlos tenemos por aquí palomas, tórtolas, mirlos, gorriones, ardillas, gatos…

Y ningún comentario más hizo el jardinero.

Tres días más tarde salió de su casa, atravesó el jardín, bajó las escalerillas y se fue derecho al terrenillo de sus girasoles. Y mientras se acercaba se decía: “Cuando ya estén grandes y también el maíz esto se pondrá precioso. Los girasoles son plantas muy altas, de flores muy bonitas y cuando los mueve el viento parece trozos de fantasías que quisieran arrancarse de la tierra y volar al cielo. Y lo mismo pienso de las plantas de maíz. Son tan esbeltos y se cimbrean hasta con el más leve soplo de viento en los calurosos días del verano. También se asemejan a poemas gritando al cielo. ¡Qué ganas tengo de verlos ya grandes y cubiertos de muchas hojas!”.

Pensaba y soñaba él esto mientras se acercaba al rodal de tierra mucho más ilusionado que los días

anteriores. Y miraba mientras se acercaba contando las matas de maíz que ya habían nacido. También y con mucho más interés las matas de girasoles. De maíz le salieron veinticinco matas y de girasoles le salieron veinte. Se dijo: “No es una gran cosecha pero si se desarrollan con salud y sin ningún contratiempo, cuando ya tengan un metro y medio este rodal de tierra parecerá un trozo de paraíso. Y cuando ya den sus flores y el maíz sus mazorcas, esto aun será mucho más interesante”.

Y sin más cogió la manguera con la intención de regar un poco. Empezando por donde los días anteriores, justo por donde la pequeña mata de calabaza y fresa que también había sembrado el mismo días que los girasoles. La fresa la había puesto muy cerca de la higuerilla para así regar al mismo tiempo ambas plantas. Y al coger la manguera miró a la mata de fresa y descubrió que las tres flores que le había visto hacía unos días ya se habían convertido en pequeñas fresas. “¡Qué bien! Ya tengo los primeros frutos de este huerto mío. Pero estas fresas, con ser tan poca cosa, me ilusionan tanto como los girasoles y el maíz”. Así que con la manguera en la mano buscó el punto exacto para soltarla y dejar que el agua corriera libre por los surcos. Y al agacharse para soltarla miró de cerca la pequeña mata de girasol que había nacido allí mismo. No en lo más alto del caballón si no en el lado del sol de la mañana. Y al observarla tan de cerca el corazón se le alegró.

8 de mayo

En su cuaderno empezó a escribir algunos de sus sentimientos, sus ilusiones con los girasoles y las matas de maíz, lo que le decía y compartía con el jardinero, las nubes y colores y puestas de sol que aparecían en el cielo… Y también soñaba escribir otras cosas para que no se perdiera ni un solo detalle de esta aventura suya en forma de sueño o ilusión pequeña. Así fue como el día

ocho de mayo, cuando ya caía la tarde y regresó de regar las plantas de su huerto, en las primeras páginas de su cuaderno escribió lo siguiente:

“Esta mañana me han preocupado los gatitos. Es hoy sábado y por eso me he levantado un poco más tarde. Me gusta levantarme más tarde los sábados y domingos para así romper la monotonía de los demás días. Y me gusta, mientras la mañana se va abriendo, soñar despierto desde mi cama, con la ventana de par en par, escuchando de fondo los sonidos del mirlo, recibiendo el fino aire de estos días de primavera y pensando en ella. Pensar en ella es lo que más me gusta en estas primeras horas del día de los sábados y domingos. Es como si por mi parte le ofreciera lo mejor de cuanto todavía tengo y lo más puro de estos días. Como un detalle para ella y para que compruebe, aunque no lo sepa ni me vea, que sigue recibiendo de mí lo más exquisito.

Y ya a media mañana y después de tomar un baso de zumo de naranja he salido al jardín. Con la intención de ir al huerto a darle una vuelta a los girasoles y a las matas de maíz. Pero antes de ir al huerto he pasado por donde viven los gatitos. Los que yo considero amigos míos por su limpia ingenuidad y por su sencilla belleza. Pero según me iba acercando me he preocupado. Llamé a la madre y ésta enseguida ha aparecido. Miré y no vi a los dos gatitos. Ni al del diseño ni a su hermano. Los llamé y no aparecieron. El que llamo de diseño por tener un ojo de cada color, el rabo corto y el pelo largo, siempre que lo llamo me responde. Sale del sitio donde duerme, se acerca tímido, se aplasta en el suelo y espera a que me acerque y lo acaricie. Es especial.

Pero al no verlo y notar que no aparecía por ningún lado, ni siquiera respondía a mi llamada, me he preocupado. Le pregunto a la madre por él y parece estar

tranquila. Intuyo que ella sí sabe dónde está. Le doy dos trozos mortadela y sigo llamándolos. Oigo a uno maullar. Por detrás de donde vive, cerca de la fuente de los nenúfares, no muy lejos del nido del mirlo. Me voy para este lado y conforme avanzo descubro que se mueven las ramas de un pequeño ciprés. Enseguida intuyo que se han subido a este árbol y ahora no puede bajar. Me acerco, aparto las ramas y los descubro. Los dos están casi en lo más alto de las ramas del árbol y quieren bajar pero no saben cómo hacerlo. Me acerco más, los cojo y los pongo en el suelo. Junto a la madre y enseguida descubro que se sienten salvados. Y yo también me alegro porque descubro que nada les ha pasado, que siguen vivos y casi dueños de los mejores rincones del jardín en compañía de la madre. ¿Sabes? Ahora estos dos pequeños gatitos son también para mí un buen bálsamo para mi espíritu. Sus juegos, su forma de comportarse, sus posturas y sus gestos ingenuos relaja mucho".

12 de mayo

Hoy ha salido el sol y ahora mismo, a las cuatro de la tarde, luce hermoso brillando por entre las nubes. Cantan los mirlos por entre los árboles del jardín y la tierra, a lo ancho y largo, exhala olor a humedad y primavera ya avanzada. Quizá esta tarde llueva, con nubes de tormenta, como lo hizo ayer por la tarde y antes de ayer.

Justo el día nueve de este mismo mes, por la tarde, llovió fuerte y por eso él se asustó. Recién había regado sus girasoles cuando se presentó la tormenta y descargó con abundancia y fuerza. Sopló también con fuerza el viento, brillaron los relámpagos y crujieron los truenos. Y por eso él, cuando con más fuerza llovía, salió de su habitación, recorrió el jardín y se fue al huerto. Con el

corazón encogido por el miedo que tenía a que la lluvia rompiera los frágiles tallos de sus girasoles.

Y con el paraguas se puso allí mismo y arropó unas cuantas matas para protegerlas de la lluvia. Pero la lluvia caía con fuerza y enseguida se formaron charcos en lo hondo de los surcos. Salpicaba la tierra al caer las gotas y el barro se trabó en las hojas de las pequeñas matas de maíz y girasoles y también en las cuatro matas de tomates. También se llenaban de barro las hojas de la fresa, junto a la higuerilla y las matas de pimientos que unos días antes había sembrado del jardinero.

No duró mucho esta tormenta porque un poco antes de ponerse el sol, cesó. Se abrieron las nubes y entonces se fue a donde uno de los mirlos del jardín tiene su nido. Miró y vio que el mirlo estaba en el nido arropando y dando calor a los tres huevos y esto le gustó. Como también le gustó ver como las dos golondrinas se habían refugiado en el nido a medio hacer y de barro que construían justo donde la gata madre cuidaba a sus dos gatitos. Los gatitos se habían puesto chorreando y no sintió mucha preocupación por ellos. Sabía y sabe que la gata madre los cuida bien y también pensó que no sería malo que los pequeños aprendieran algunas cosas de la naturaleza.

Pero por la noche bajaron las temperaturas y mientras cogía el sueño pensando en sus girasoles se decía: “Después de la tormenta que ha descargado pueden helarse esta noche”. Por eso al día siguiente, en cuanto amaneció, salió de su habitación y sin entretenerse en nada, se fue directamente al huerto. Y al llegar descubrió que sus pequeñas plantas, todas estaban llenas de barro, algunas con pequeñas heridas en las hojas y con los extremos parduzcos. Se dijo: “Se me fastidiarán y esto me dará mucha pena”. Pero ayer

mismo, a media mañana, salió el sol y calentó bastante. No duró mucho porque otra vez por la tarde hubo tormentas. Y en esta ocasión descargó con más fuerza que la del día anterior.

Por eso, en la mañana de este día trece una vez más ha ido a su huerto. Y al llegar y saludar sus plantas se ha dicho: “Parecen que resisten. Puede que si el sol sale y se abren las nubes se espabilarán y se pondrán un poco más fuertes”. Y el sol hoy, al mediodía y al caer la tarde, ha salido aunque sin calentar mucho. Puede que esta tarde vuelvan las nubes aunque parece que ya con menos fuerza. El mirlo, al mediodía, no estaba en su nido y los tres huevos que estaba encubando estaban fríos. La lluvia ha empapado todo el pasto del nido y también el jardinero, esta mañana ha estado ahí cortando el seto. Piensa él que el mirlo ha dejado su nido y esto le da pena. No quería decirle nada al jardinero precisamente para que no supiera el sitio donde se encontraba este nido.

13 de mayo

Luego ayer no llovió. Ni por la mañana ni al mediodía ni por la tarde. Tampoco por la noche aunque sí, en cuento se puso el sol, las temperaturas bajaron. No mucho pero él también se preocupó temiendo que el frío de la noche de nuevo hicieran daño a sus plantas.

La tierra estaba muy empapada de las lluvias de los días pasados y las pequeñas hojas de los girasoles algo marchitas. Al caer las gruesas gotas que descargó la tormenta reblandecieron las tierras del huerto y al salpicar el barro se quedó trabado en las hojas y débil tallo de las plantas. Con interés las fue mirando una por una y se dijo: “Las limpiaré para que respiren bien y no les perjudique mucho este barro”. Y volvió a su cuarto, buscó un bote grande con espulvorizador, lo llenó de agua y otra vez se fue al huerto. Con cuidado para no dañar las débiles hojas

tanto del maíz como de los girasoles, comenzó a pulvorizarlas. Y según las iba impregnando con las pequeñas gotas de agua, con los dedos las limpiaba y les quitaba las hierbecilla del terreno y alisaba sus hojas.

Se decía: “Este rocío de agua clara y fresca les sentará bien. Y puede que al mismo tiempo controle un poco las orugas que se están comiendo estos girasoles míos. Los dichosos bichillos que se están comiendo las hojas de mis girasoles”. Pisaba con cuidado en el centro de los surcos para no dañar ni a las matas de maíz ni a las de los girasoles y se agachaba y levantaba junto a cada pequeña mata. Ahí mismo, a dos pasos de él, la blanca gata madre se movía de acá para allá dándole compañía y los mirlos revoloteaban hasta pararse en la otra parte del huerto. Por donde el jardinero, unos diez días antes, había sembrado los tomates, pimientos, pepitos, berenjenas, melones, sandías… A estas plantas sí que les había afectado tanto la lluvia de la tormenta como las bajas temperaturas. Sobre todo a las matas de pepinos. Los miraba desde su pequeño rodal de tierra y los veía todos blancos, con las hojas lacias y sin vida y lo mismo los tomates.

Le dijo al jardinero:
- No los has sembrado en el mejor momento. Además, estas plantas las has traído de un vivero y por eso ahora, a plantarlas aquí, sufren. No ha sucedido esto con mis girasoles que ya has visto que he sembrado las semillas directamente en la tierra.
Y el jardinero decía:
- Pero en cuanto se pasen estas lluvias ya verás como resucitan.
- Ojalá sea así. Aunque de todos modos yo creo que mis girasoles siempre les llevarán alguna ventaja a tus plantas.

Cuando se puso el sol salió de su huerto por el lado de la higuerilla. Se lavó las manos en la fuente del granado, subió las escaleras llegó a la fuente de los nenúfares y con cuidado se acercó a la enredadera. En el mismo centro de la mata de jazmín, había hecho su nido y ya estaba encubando los tres huevos. Lo sabía porque varias veces ya había visto al mirlo aplastado en su nido y sin moverse. Aunque pasara por allí cerca y aunque los dos gatitos con su madre también vinieran a jugar cada tarde por entre la enredadera. Y al acercase hoy comprobó que ni el mirlo macho ni la hembra estaban. Se paró, se acerco y con cuidado tocó los tres huevos. Notó que estaban fríos y esto le preocupó

3 de julio

La niña del país lejano

Estaba él, ayer por la tarde, parado junto al girasol “hojas lacias” y las sitió. Por primera vez este verano y no lejos de su huerto: por entre los pinos de la ladera que cae hacia la ciudad de Granada, a la derecha del monasterio viejo.

Un momento antes habían caído algunas gotas. Con poca fuerza y por eso no hicieron ningún daño a sus girasoles. Al contrario: el pequeño chaparrón en forma de riego fresco lavaron las anchas hojas de sus girasoles y también las de las matas de maíz. Dejaron muchas gotitas trabadas en forma de perlas claras no solo en las hojas de los girasoles si no también en los pétalos de las flores ya abiertas. Y esto fue l que más, en ese momento, le emocionó.

Porque observaba despacio el girasol que tanto hasta hoy le ha tenido preocupado y se decía: “Ay que ver

que buen aspecto muestra. Hasta hace dos días tenía las hojas lacias, su tronco débil y el último trozo de su tallo retorcido como un muelle. Como si algo te estuviera desorientando y no tuvieras fuerzas ni ideas clara para saber qué hacer. Y sin embargo ahora, esta tarde y en este momento, te veo más fuerte y sano que todos los demás. En solo dos días, el último trozo de tu tallo ha encontrado su posición correcta. Ahora ya no se te ve ni débil ni torcido. Te estoy mirando y te veo recto, con tu hermosa flor en todo lo alto. Como abierto generosamente a un sincero agradecimiento.

Y tu flor, abierta por primera vez solo hace dos días, creo que es la más bella de todas las que hasta ahora han brotado. Tu flor es grande, se ve hermosa y brillante y mira al sol de la mañana y de la tarde. Y no sabes cuánto me alegro de esto. Porque en el fondo parece que mi ayuda y atenciones para contigo han dado su resultado. Te doy las gracias y al cielo".

Y justo en este momento oyó, por primera vez este verano, el canto de una chicharra. Por entre los pinos de una ladera que mira a Granada y no lejos de su huerto. Se quedó parado todavía un poco más frente a su girasol amigo y antes de retirarse otra vez le dijo: "El verano ya está aquí. Esta chicharra que ahora mismo canta ya lo está anunciando seriamente y quizá por eso tú te has llenado de belleza. Me alegra tanto que no se me quitan las ganas de hacerte fotos. Y también ahora mismo tengo deseo de hablarte de una niña que conozco en un país lejano. Aun no sabe de ti pero creo que le voy a decir que sea tu amiga". Le hizo algunas fotos más y luego se volvió a su habitación. Y esta noche ha dormido todo relajado y lleno de gozo.

Hoy es sábado y ya tres de julio. No se ha levantado muy temprano. A las ocho de la mañana

todavía se recostaba en su cama, incorporado un poco sobre la almohada y mirando por la ventana, por completo al frente. La tiene abierta de par en par y fuera se ven los árboles de la ladera. Agitando sus ramas, empujadas por el leve y fresco viento de la mañana.

Porque hoy se abre el día con el cielo todo cubierto de nubes. Muy parecido a un día de invierno porque también hasta las temperaturas son frescas. Tiene abierta, solo un poco, también la puerta de su habitación y por eso el viento entra y por eso el viento entra por la ventana y se va por las rendijas de la puerta llenando toda la estancia de un fresco muy agradable. Como si hoy no fuera un día de verano aunque lo sea. Piensa que quizá esta tarde o de un momento a otro, comience a llover aunque no parece que sea en forma de tormenta.

Mira y medita tranquilamente y se deja envolver por el canturreo de los gorriones en el acebo bajo la ventana y por el arrullo de las tórtolas allá sobre el cerro. Y mientras medita sueña. Ayer por la tarde recibió un correo de un país muy lejano. Y con este mensaje recibió cinco fotos donde se veía un río muy grande, un cielo muy azul, lleno de nubes blancas y varias personas interesantes. También llanuras repletas de bosque donde ni siquiera se distingue el horizonte. Y en el centro de esta imagen se ve a una persona. Pisando la arena de la orilla del río y adentrándose en el agua de este ancho río.

Le llamó mucho la atención esta foto porque en ella se ve una persona alegre y porque es esencialmente agradable la niña que va por la orilla del río. No la conoce personalmente pero sí por la muchacha que de ella le habla. Tanto le cuenta y tanto se siente enamorada de esta pequeña amiga que ahora mismo, mientras medita recostado en su cama y mira por la ventana, se le ha ocurrido algo. Para sí se dice y sueña que sería bonito

asociar de algún modo su girasol de “hojas tristes”, con esta niña, allá en la distancia. No tiene claro para qué podría servir esto ni tampoco de qué modo hacérselo saber a ella. No tiene claro esto y otras cosas pero creo que podría ser bonito.

Se dice: “La realidad existe. Mis girasoles están ahí, ya mostrando sus preciosas flores y la niña también es real y hermosa. Concentrado todo en un trozo del tiempo donde se me permite vivir. Quiera o no esta realidad existe. Y lo mismo que ha tenido su comienzo tendrá su fin. ¿Qué de malo hay que narre esta realidad en un sencillo cuento?

24 de julio

El penúltimo girasol

En su momento casi todos sus girasoles florecieron uno detrás del otro. Pero dos, no lo hicieron. Uno de tronco muy delgado que nació entre la higuerilla y la última mata de tomates. Y el otro, fue el que crece más cerca de los girasoles rusos.

Tiene éste el tronco un poco más grueso aunque no tanto como los que forman el bosquecillo. Y quizá por estas circunstancias se dedicó solo a crecer hasta salir por encima de todos los demás girasoles. Al final echó una flor que a los pocos días se abrió mostrando un color realmente vivo. Amarillo oro muy puro y en forma de un verdadero sol.

Le hizo él a esta flor muchas fotos, no solo por la belleza que mostraba sino también por lo mucho que destacaba y lo brillante que se veía. Hasta que un día, cinco o seis después de que se abriera la flor, la parte alta de esta mata de girasol, empezó a curvarse. Y, al

contrario de lo que había hecho con las otras matas de girasoles, a éste no lo sujetó con nada. Lo dejó a su aire para que se curvara todo lo que quisiera o necesitara. Y se curvó mucho. Tanto que a las dos semanas de haber florecido, el tallo que sujetaba la hermosa cabezuela, era por completo una ce boca abajo. Observándolo cada día, de vez en cuando se decía: “Yo creo que este tronco, aunque no tan grueso como el de las otras plantas, resistirá el peso de esta flor. Ahora y cuando luego maduren las pipas de la gran cabezuela”. Pero como no estaba seguro, cada día y cuando regaba el bosquecillo de girasoles, lo observaba. Despacio y con mucho interés para aprender de esta planta y para comprobar qué es lo que al final pasaba.

Observándolo atentamente estaba ayer por la tarde cuando descubrió en el cielo un rebaño de nubes blancas. Buscó un buen ángulo, se puso a contraluz, colocó en primer plano la curva del tallo del girasol y le hizo una foto. Con el fondo del cielo lleno de nubes en forma de rebaño. Y justo en estos momentos se acercó el jardinero. Miró al girasol y luego le dijo:
- Los del tiempo dicen que a partir del lunes vendrán las tormentas. Al menos cinco días seguidos. Y te lo digo por si descarga por aquí una gran tormenta, ahora que tus girasoles ya tienen las pipas casi maduras ¿qué harás?
Miró al jardinero y no le dio ninguna respuesta. Hizo una nueva foto, justo en el momento en que el jardinero comentaba de nuevo:
- Será el final de este huerto tuyo de girasoles. Porque una vez todos machacados por los granizos de la tormenta ¿qué te quedará?

28 de julio

El fresno

A la derecha del huerto, entre el pino de tronco grueso y el que da piñones comestibles, crece el fresno. Frondoso como un bosque entero, con ramas largas, muy tupidas de hojas y fuertes. Nido y lugar de cobijo de muchos pajarillos: mirlos, gorriones, carboneros, currucas, tórtolas, palomas… Y más en estos días de verano cuando el calor aprieta tanto. Pero el fresno, el fabuloso árbol que a él le gusta tanto, en estos días parece que se está secando.

A la sombra de este árbol, cada día y cada tarde, se ha venido un rato. Cuando termina de regar sus girasoles, en tiempo de siesta para aliviarse del calor o en las primeras horas de la mañana para disfrutar del airecillo fresco. También después de coger algún tomate para comérselo. Porque la sombra de este fresno, aunque no es del todo fresca en estos calurosos día de verano, sí es también muy densa. Y cuando corre alguna brizna de brisa, de algún modo se alivia mientras deja que pase el tiempo y el calor de este tórrido verano. Mira desde aquí a sus girasoles y sueña con ella, siempre lejana y en el más hondo silencio y terrible indiferencia.

Recuerda también las palabras de la niña que vio en sueños: “Tienes que compartir las cosas con las personas”. Y él lo entiende. Sabe que si no comparte los sueños y las tardes y mañanas, especialmente con aquellas personas que lleva en su corazón, muy poco sentido tiene la vida. Y cada día, cada hora que pasa, tiene más claro de lo que realmente significa esto. Por eso ayer al mediodía, cuando terminó de inspeccionar y de regar el huertecillo de sus girasoles, se vino a la sombra del fresno. Con la intención de regarlo y que este calor tan intenso no lo seque del todo.

Sobre la piedra del lado de arriba, puso su cuaderno, la cámara de fotos y el bolígrafo. Se fue a donde la llave del agua para abrir y regar con la manguera. E iba caminando despacio hacia donde se encuentra la llave cuando, al pasar cerca de las cuatro pequeñas matas de arrayán, lo vio. Estaba acostado a la sombra, como si se ocultara de algo o alguien y esperando. Le dio un vuelco el corazón porque enseguida pensó en la madre de los gatitos y en la persona que con tanta fuerza lleva grabada en su corazón. Por eso, instintivamente exclamó:
- ¡Mini! ¿Qué haces tú aquí?
Y el animal reaccionó como si hubiera comprendido. Lentamente se incorporó, mientras emitía un lastimero maullido y comenzó a caminar en sentido opuesto. Como si se alegrara de verlo pero al mismo tiempo temiendo que le hiciera daño.
- ¡Mini, ven! ¿Qué andas buscando por aquí? Le dijo de nuevo.

El gato, no blanco como sí la madre de los gatitos sino gris, blanco y negro, sin dejar de maullar en tono triste, siguió alejándose. Como si tuviera hambre de pan, de algún amigo o simplemente echara de menos una caricia. Comprendió enseguida que otra vez había venido por aquí en busca de la madre de los gatitos y de éstos porque los echa de menos y se encontra solo. Le dijo:
- No temas. Yo también la echo de menos y a la persona que en mi corazón siempre llevo. Los dos estamos solos en este tórrido día de verano. Los dos necesitamos compañía y una caricia. Tú porque la madre de los gatitos era la compañera de tu vida y yo porque me gustaría compartir con ella las sencillas cosas de mi huerto y porque la quiero. No temas, mini, ven. Entiendo lo mucho que la echas de menos. Nada sé yo de la madre de los gatitos ni de ellos. Se marcharon o se los llevaron y nadie

me ha dicho ni lo más mínimo. Lo mismo que la persona que en mi corazón llevo grabada a fuego.

16 de agosto

Las alcaparras

Mientras sus girasoles, matas de maíz y tomates, van madurando sus frutos, se ocupa en algunas otras cosas. Por estos días de agosto y en los paisajes de la ciudad de Granada, hay muchas plantas y árboles que dan también sus cosechas. Las chumberas, por ejemplo y las alcaparreras. También de cara al otoño que se acerca, preparan sus frutos los acerolos, majuelos y azofaifos. Las higueras, parras, almendros y ciruelos, en estos días, ya regalan sus buenos frutos en las ramas.

Pero lo que más en estos días a él le gusta es ver y recoger los frutos de las chumberas y alcaparreras. Especialmente las alcaparreras. Una pequeña mata rastrera y anual que se da muy bien por estas tierras de Granada. Por todas las montañas que al norte rodean a la ciudad y por las laderas cerca del barrio del Albaicín y la Alhambra. También por las tierras próximas a su huerto como es el pinar a la izquierda y por el lado de arriba. Crecen por aquí frondosas y muy verdes matas de alcaparras que justo por estos días ofrecen flores y frutos en sus ramas más largas. Él lo sabe y por eso ayer por la tarde, uno de los días más fresco del mes de agosto, salió a buscarlas.

La alcaparra, *Capparis spinosa*, es fruto de la *alcaparreras* y las yemas o capullos florales que no se han abierto, a*lcaparras* comestibles. Pertenecen a un arbusto espinoso que se encuentra en zonas secas del Mediterráneo, Gerona y Andalucía y especialmente en las Baleares. Nacen en estambres y tienen forma estrecha en

la base, ensanchándose en lo alto, se encuentran unidos al centro de l a flor por un rabillo, son de color verde oscuro y cuanto más pequeño más sabroso y tierno. Las alcaparras son muy apreciadas encurtidas en sal, en vinagre o en vino y usadas como condimentos de diversos platos en la cocina mediterránea. Se utilizan en aperitivos o para dar sabor y aromatizar salsas, salsa tártara, mayonesas, salmones ahumados, pizzas, pastas…

Con una pequeña bolsa en la mano se fue directo la gran alcaparrera que hay en la laderilla de los almezos. Subió despacio por la sendilla y al llegar la encontró toda extendida, muy verde y con muchas florecillas. Algunas ya abiertas y otras preparándose para hacerlo. También despacio fue cogiendo los pequeños botoncitos florales, más tiernos y echándolos en la bolsa. En poco rato ya tenía más de trescientos gramos.

Siguió luego subiendo y por donde el trozo de la vieja muralla, encontró más matas de alcaparras. Miró y cogió de ellas lo mejor de su cosecha y luego, cuando ya la tarde caía, se sentó en lo más alto de la ladera. Entre los eucaliptos y la antigua acequia y desde donde se divisa una de las mejores vistas de la ciudad de Granada y gran parte de su Vega. Sacó su cuaderno y mientras gozaba del fresco aire que desde la llanura subía, escribió: “Pronto llegará el otoño, la más hermosa estación del año. Mis girasoles llegarán también en estos días a su punto óptimo. Recogeré de ellos su cosecha lo mismo que recojo esta tarde los frutos de las alcaparras. Pero mientras mis girasoles llegan a su momento último, quiero compartir contigo algo de las chumberas y alcaparras en Granada. Dos símbolos muy característicos de estas tierras, hermosos y únicos y que todos los turistas que se aventuran por aquí, ignoran por completo”.

Por aquí voy

1- Carta

¿Te acuerdas de aquellas muñequitas rusas que me regalasteis el año pasado? Las conservo y como descubrí que cada una de esta muñequitas traía con ella un pequeño bolso con semillas, he sembrado estas semillas en mi huerto. Y han nacido dos girasoles rusos. Solo dos girasoles que cuido todos los días y entre otros girasoles españoles y matas de maíz.

Y, desde que sembré estas pipas de girasoles rusos, escribo un diario. Cada día y reflejo en él aquellas cosas que más me gustan. Porque estos girasoles en el pequeño huerto de mi casa ahora son para mí como una fuente de reflexión y elementos literarios. Porque pienso que sembrar estas plantas, cuidarlas, verlas crecer y luego verlas llegar a su final, tienen un gran parecido con la vida misma de cada persona en este mundo. Yo pienso estos y me sirve para crear cosas bellas. Esto es un pequeño huerto literario con girasoles rusos.

Comparto ahora contigo algunas fotos de este pequeño huerto, de los dos girasoles rusos y de los españoles y lo que he escrito en mi diario este mismo día treinta de mayo. Espero que te guste, te doy las gracias por tu bonito cariño y te deseo lo mejor.

Besos desde Granada:

Hola! Que interesanto tu cultivaste los girasoles!!!! Ahora son jovenes, pero en julio dan los flores. En tus jardin estaran dos bonitos soles!!!! Gracias por fotos. Son interesantes y flores son bonitas. Con beso, Uliana.

30 de mayo

Hoy ya no hay nubes ni se mueve el viento. Amanece con el cielo color blanco ceniza y el sol ha comenzado a calentar desde el primer momento. Parece que ya sí va a llegar el verano. En esta ciudad mágica ya se ven muchos indicios de ello. Dentro solo de unos días serán las fiestas del Corpus y a continuación la feria, fiesta principal de esta ciudad.

Pero él, en esta mañana principio del verano, se incorpora en su cama y mira por la ventana. Fuera, en el acebo y los cedros de atlanta que cerca crecen, se oyen los trinos de gorriones y de mirlos. También se ven revolotear alguna golondrina y tórtolas. Desde la gran ventana de su habitación, abierta siempre al sol primero de la mañana, se ven muchas cosas. Siempre un gran trozo de cielo, muchos árboles y algunas montañas a lo lejos. Pero desde su ventana no se ve el pequeño huerto de los girasoles. Queda al otro lado de la casa y más cerca de la ciudad de Granada.

Pero en el fondo no le importa. Cuando se acuesta en su cama y mientras se queda dormido, le gusta pensar en sus plantas: sus pequeñas matas de girasoles y maíz. Desde hace mucho tiempo piensa que más se valoran las cosas que se aman y no se ven ni se tienen cerca. Porque también piensa que imaginar y soñar todo aquello que se lleva en el corazón es la manifestación más hermosa y pura del amor. Por eso por las noches mientras duerme siempre le gusta soñar con su pequeño huerto y las plantas que en él cuida. Y esto es lo que esta misma noche pasada, ha ocurrido. Y ahora al levantarse, busca su cuaderno para escribirlo. Para de alguna manera reflexionar y que para siempre quede claro lo importante

que para él es este huerto de los girasoles. Piensa que estas sencillas cosas ayudan a comprender la vida y elevarse y hacerse amigo de los colores del cielo.

Pero esta mañana, mientras el sol se va elevando, lo primero que escribe en su cuaderno es una pequeña poesía y piensa que luego podría regalársela a ella, tan ausente siempre.

Mañana de planta
con ciento de gorriones
que en las ramas
de los cedros y palmeras,
alegres cantan.
Como si estuvieran ilusionados,
como si celebraran
la quietud serena
de la mañana
que se abre hermosamente
engalanada.

En el huerto
de las pequeñas plantas
de girasoles y maíz,
huele a malva
y a miel de romero
mezclada
con la humedad del suelo
y el aire en calma.

Este es hoy mi mundo,
pequeño y nada
pero como sabe a incienso
y deja en el alma
un limpio beso,
te echo en falta.
Se ve ya todo muy verde en el huerto

como si preparara,
en la quietud serena
de la mañana,
el grandioso momento
de tu llegada.

1- Con el airecillo fresco
que en la mañana pasa
se le va su sueño
y su alma.

Sabe que allá a lo lejos,
por donde las nubes blancas
y el azul profundo del cielo,
le llaman.
Sabe que en el silencio
de la serena mañana
que regala aire fresco,
el corazón descansa
y bebe de la esencia
de quien eterno le ama.

Con el airecillo fresco
que en la mañana pasa
se le va su corazón
y su alma.

2- Desde la distancia
Cada día en silencio
sueña con Granada,
pregunta por ella,
la llama,
la pinta en sus recuerdos
de azul y magia
y le regala besos
cada mañana.

Y lo que más quisiera
es tener alas
para atravesar los vientos,
las nubes blancas
y volver a los brazos
de su Granada.
Cada día la sueña
desde la distancia.

3- Al fondo, las montañas
por donde el sol cada día
se marcha,
más cerca,
la vega ancha
por donde extendida
se ve Granada.
Más cerca aun
y como clavadas
en los mares del tiempo,
las torres altas
del viejo edificio
en su eterna calma.

Desde su rincón
y en la mañana,
mira y reza,
espera y calla.
A su lado y a lo lejos,
nada, nada y nada:
solo su sueño
que se le escapa
agarrado al cielo
que lleva en el alma.

4- A la sombra de los pinos
que miran a Granada,
se le ve en la tarde sentado
fijo en la distancia
por donde revolotean las golondrinas
y el sol se marcha.

Le besa el airecillo
que sube y pasa,
le da su abrazo el silencio
que mudo resbala,
le regalan melodías
las chicharras,
le mira desde la Vega
la ciudad blanca
y sus ojos siguen y perdidos
en la distancia.

Si acaso cuando anoche
al cielo alza
sus miradas y con las estrellas
habla:
- Te llevaste el cielo contigo
y la luz del alba
y desde entonces le faltan fuerzas
al alma
Pero puede que esta noche tibia
al fin me vaya.

5- **El viento amigo** (Alisa Goleva)
El viento se torna furioso,
matador,
tragando mi aire,
una gota detrás de otra,
y tratando de liberarme,

voy escapando por las veredas,
taconeando por las callejuelas,
un paso detrás de otro.
Y el viento me canta
su larga canción
de la vida y de la muerte,
de sus olores profundos
y de los azules mares.

Su trabajo nunca termina,
va viajando por el mundo.
A unos les trae respiros frescos
y a otros se los quita
y nunca vuelve.
Y yo sigo avanzando,
mi aire me indica los pasos
y el susurro del viento
ya no me da miedo:
solo besos tiernos
y su aliento.

20 de junio

Un girasol llamado Rusia

Ayer, al salir el sol, ya estaba él junto a sus girasoles. Ahora su ilusión y ánimo se ha despertado. Los miras a cada instante y descubre que muchas de las matas ya tienen casi tres metros y todas ellas, en lo más alto, redondas y muy desarrolladas, prometedoras cabezuelas, las futuras flores. Y mientras los miras sueña en el momento en que tan hermosas cabezuelas se abran y muestren sus colores amarillo oro, tan únicos en estas plantas. Sabe que las flores de los girasoles quizás sean las más bella obra de arte de la Creación entera. Y también sueña, muy animado, en el momento de ver las grandiosas flores de sus girasoles, mostrando su buena

cosecha de semillas. Por eso se dice, continuamente: “Será el momento más interesante de este pequeño rincón mío y la oportunidad concreta de ofrecerle a ella lo que tanto sueño”.

Pero ayer, nada más llegar al trozo de tierra donde crecen sus girasoles, comprobó que la mata de calabaza tenía cinco flores abiertas. Hermosas y grandes como rosas aunque de color amarillo oro viejo. Les daba el sol de frente y los vivos colores de estas flores brillaban como auténticas primaveras. Por eso el corazón un poco más se le llenó de entusiasmo y el espíritu parecía brincarle de alegría. Alegría fina y pura que le remitía con fuerza a su recuerdo. Deseó con todas sus ganas que hubieran estado presentes para compartir con ella tan sencillo y a la vez hermoso espectáculo. Sacó su cámara, hizo fotos sin parar, desde todos los ángulos y con todas las composiciones que imaginó y luego volvió a observar más de cerca cada una de las matas de sus girasoles. Y descubrió que tres de ellas, las que clavan sus raíces más cerca de la mata de calabaza, sobresalían mucho. Como si pretendiera destacarse entre todas las demás. Y en ese mismo momento, sin saber por qué ni cómo, a su mete acudió una idea: “¿Y si le pongo nombre a cada una de las matas de estos girasoles míos? Ellos son ahora mismo mis sueños, mis pequeños amores, mi paz, mi aire fresco, el símbolo que me representa a todas ellas. A cada uno puedo bautizarla con el nombre de esas buenas personas que he ido conociendo en los años pasado. Por ejemplo, a éste, lo puedo llamar Guela, a ése, Lera, al que está cerca, Albina, al otro de tronco recio, Alisa a los tres que se desarrollan casi juntos, los puedo llamar Katya, Nadya y Uliana. ¿No sería fantástico? Para mí sería como un pequeño juego para estar ocupado en cosas bellas al mismo tiempo que las mantengo vivas en mi corazón y las revisto con la dignidad que se merecen. Y creo que esto daría más sentido a este pequeño huerto mío de girasoles

y ellas quedarían más hermosamente recogidas en la historia. Pero a ellas, aunque ni lo saben ni pueden verlo ¿les gustaría?”

Y con este pequeño sueño en su corazón comenzó a caminar por el caminillo que rodea su prado de girasoles. Mirando y remirando la belleza que refulge en ellos y hasta aspirando el suave olor a fresco y dejando que su alma se inflamara. Llegó a la mata de girasol, nacida de una semilla venida de Rusia y al verlo, ya también con su cabezuela a punto de convertirse en flor, se dijo: “A éste lo podría bautizar con el nombre de Rusia. Para que se sepa que ha venido de allí y para que siempre las recuerde a ellas”.

26 de junio

La bolsita de espliego

Esta noche pasada ha dormido rodeado, envuelto de perfume de espliego. Porque ayer por la tarde, cuando salió de su habitación para ir al huerto, se pasó por donde crece la gran mata de lavanda. Justo bajo el acerolo, al lado derecho de los naranjos y no muy lejos de la higuera que por estos días maduras sus brevas. Y la mata de espliego, ayer por la tarde, estaba toda florecida. Con cientos de pequeñas espigas cuajadas de flores enanas, azules violetas. Alrededor de estas espigas revoloteaban las abejas y el perfume de las florecilla lo ompregnaba todo. El rincón de los naranjos, por donde el césped y la fuente de los jazmines y hasta el recogido rincón de su huerto.

Por eso él, al percibir tan delicado aroma y ver tan cuajadas de florecillas la mata de espliego, no pudo

resistirse. A su mente vino ella y también las tres muchachas universitarias que dentro de unos días se marchan de Granada. Sin más, se puso y comenzó a cortar espigas de la mata de espliego. Las que se veían más robustas y parecían más perfumadas. Las fue colocando en la palma de su mano y cuando ya tuvo un buen puñado sacó y desdobló un pequeño pañuelo de algodón. Un pañuelo como esos de papel que a veces se llevan en el bolsillo pero en este caso era de algodón puro. Lo extendió sobre el muro de ladrillo que hay junto al tronco del acerolo y en el mismo centro de este lienzo blanco fue colocando cada espiga de lavanda. Con mucho cuidado para que no se rompieran y sin dejar de pensar ni un solo momento en ella. Y además, imaginando lo feliz que sería cuando allá en su país lejano recibiera este tan perfumado y original regalo desde Granada.

Dobló luego el pañuelo juntando las esquinas en el centro y con un imperdible pequeño sujetó los cuatro extremos. Apretó luego un poco con sus manos la tela abultada por las espigas de espliego y después lo cogió en sus manos y se lo acercó a la cara para olerlo. Comprobó que el perfume era intenso, muy agradable y muy fresco y por eso se sintió emocionado. Luego caminó, llegó a su huerto, miró y remiró cada una de sus plantas de maíz y girasoles y comprobó que el que tiene por nombre Rusia, ya mostraba muy abierta una preciosa flor amarilla y esto le gustó. También se emocionó cuando descubrió que dos o tres grandes girasoles españoles mostraban los primeros pétalos amarillos en sus cabezuelas. Estaba comprobando que por fin sus girasoles florecían, haciendo realidad el pequeño sueño de su corazón.

Se fue luego para el lado del almendro, miró por entre el pinar para la ciudad de Granada y se las imaginó ya preparando sus maletas. De ellas no tenía ninguna

información concreta pero supuso que por estos días, ya final del curso universitario, se marcharían a su país. Desde hacía casi tres meses tampoco tenía noticia alguna de ellas pero, de alguna manera, en su corazón albergaba la esperanza de verlas, aunque solo fuera para despedirse, antes de que se marcharan.

Luego volvió por el caminillo de la fuente de los jazmines, entró a su casa y sobre la almohada puso la pequeña bolsita de flores de lavanda. Y cuando se acostó, muy carca de su cara, puso esta bolsita. Así, a lo largo de toda la noche y mientras dormía y en los momentos que ha estado despierto, no ha dejado de aspirar el delicioso aroma de las florecillas de espliego. Olor puro y natural de las montañas que rodean a Granada y que llena el alma de limpia serenidad. El mismo perfume y la misma bolsita de algodón que sueña regalarle, enviándosela con las tres jóvenes que dentro de unos días se marcha. Si tiene la suerte de verlas antes de que se vayan.

17 de julio

Maña fresca de verano

Mañana fresca
de verano,
el cielo es azul
apagado
y el tiempo resbala
despacio, despacio.

Tiene una ilusión
el corazón cansado
y espera sabiendo
que no hay una mano

que le preste fuerzas
ni un abrazo
ni un beso pequeño
que regale ánimo.

Pero el bosquecillo
de los álamos
se mece suave
al imperceptible paso
del vientecillo fresco
del verano.
Mañana serena
y un sueño blanco
en el corazón que espera
acurrucado
en el hondo silencio
con tu ausencia en lo alto.
Resbala el tiempo
callado, callado.

Apuntes

Hola:

Hace unos meses compré unas semillas de girasoles. Las sembré en un trozo de tierra en el mismo centro del huerto de la casa donde vivo y también sembré unas cuantas semillas que, traídas de Rusia, me regalaron el año pasado. Brotaron y a lo largo del mes de abril, mayo y junio, los he ido cuidando con mucho interés. Y durante todo este tiempo he ido haciendo muchas fotos a la vez que también escribo un libro que titulo “El huerto

de los Girasoles”. Más de cien páginas tiene ya este libro. Los girasoles ya están muy crecidos.

A punto de abrir sus flores dentro de unos días. Con este correo te regalo y comparto contigo algunas de las últimas fotos que he hecho a estos girasoles míos y la página 50 del libro que escribo. Espero que te guste y espero que sepas, como yo, encontrar la belleza que hay hasta en las cosas más pequeñas. A veces, pienso yo, mucha más belleza y transcendencia que en cualquier otro proyecto de esta vida. En las cosas pequeñas y sencillas casi siempre hay una verdad muy grande y profunda.

Última página

Abrió su cuaderno y en la última página escribió: “Desde el día que te fuiste, sin dar ninguna explicación, no te he olvidado. Y desde ese día he creído que te alejaste porque yo no era valioso ni bueno para ti. Noches enteras me las he pasado llorando siempre repitiéndome que soy bueno y que valgo. Y quería demostrártelo. Mi huerto y mis girasoles ha sido mi forma de hacerlo. Todas las personas necesitamos demostrar cosas a los demás. Sobre todo, a las personas que queremos.

Hoy ya pongo fin esta sencilla aventura con mis plantas y mi pequeño huerto. Y lo hago sintiéndome muy satisfecho. Me he demostrado que puedo dar cariño, respeto y tiempo como el mejor. Lo mismo que desde el primer día se lo he dado a estas plantas mías. Hoy recojo las semillas y me siento contento pensando lo que mismo hubiera hecho contigo, si me hubieras dado la oportunidad. Me queda poco para vivir. Como a todos los humanos y como a todos los animales y plantas, se me acaban también los días. Mi siento viejo pero estoy en paz. Ahora sé que no soy malo y que puedo amar y dar mucho de mí para crear vida y armonía.

Me hubiera gustado, habría sido muy hermoso para mí, haber vivido contigo lo de mi huerto y girasoles. Y me gustaría ahora contarte esta historia y sueño. Sé que no es posible y por eso la he escrito. Para llevármela conmigo al cielo y compartirla contigo allí, donde te espero”.